

NUESTRO PUESTO DE HONOR

«Esta casa se alquila»

Así, con frase, sí, tan gráfica, sí de tan expresivo sentido, ha marcado el Poder moderador la frente de los Gobiernos responsables, que durante tantos años han alternado en el pacífico turno de destrozar y aniquilar a España; al retirarles su régia confianza, y disolver las Cortes, por ellos y para ellos tan torpe y perniciosamente amañadas.

Y tal sigue repitiendo la Corona, al imponer a su primer ministro la obligación inexcusable de formar Gobierno, con elementos heterogéneos, tomados de entre los grupos de diversas tendencias, que se tienen sin serlo por representantes de la Nación.

Con expresión diversa, pero con sentido idéntico, proclama el Ministro de la Gobernación: *Esta casa se alquila*: al trabajar con tanto tason y empeño; no se si con más o menos acierto, pero si con laudable intención y buen deseo; por defender y garantizar la pureza e inviolabilidad del sufragio; para dejar el puesto y retirarse a su casa, tan pronto como corone su obra.

¿Y qué otra cosa, sino esa misma, dice y repite en toda ocasión y de maneras mil, la prensa de todos los matices; al pedir y querer en las esferas gubernamentales la ansiada renovación; y anhelar que las clases directoras otridas y rompan los moldes viejos, ya demasiado desacreditados, y usen de otros más en armonía con la tan buscada regeneración?

¿Qué quiere y desea la gran masa del pueblo, que a fuer de paciente y honrada, paga, calla y sufre; sino que el poder pase a otras manos más nuevas y menos conocidas, para ver si logra que se la considere y trate con más miramiento y mayores respetos; y que se la ayude y auxilie, en la medida de lo justo y lo debido al cubrir los ineludibles necesidades sociales?

¡Ah sí! Unos y otros y todos, no ya de palabra y por escrito, sino con obras e intenciones que revelan el profundo malestar social acusan y patentizan el vehemente deseo de un cambio radical, de una reforma al menos que amenigüe y aminore el desamparo en que a todos y en todo se nos tiene ya por la perfidia y torcidos fines de unos, ya por la impericia e inconsciencia de otros ya, en fin, por la apatía, descuido y dejadez de los mas, que sin servir de valla a aquellos que mandan y dirigen ni de consuelo y alivio a cuantos sufren y padecen, dejar correr la vida imposible, con tal que a ellos no se les inquiete y moleste en sus tranquilos y asegurados gozos.

Y entretanto, la patria, víctima de éste horrible cuadro, se que se pone a prueba la vida y bienestar de sus hijos; se lamenta y llora como impotente matrona; porque ve agotadas sus fuentes de riqueza, en manos extrañas su porvenir y su fortuna, mermaidas sino agotadas sus energías, y a aquellos que la llevaron a tal estado de desastre y desesperación, ébrios de locura, intentando rehabilitarse en sus descabellados planes y desacreditadas mañas, para verla morir inactiva, en presencia de los rios de sangre y convulsiones de muerte de sus propios hijos.

Tal es el triste cuadro, tan real como verdadero, que hoy presenta esta infortunada Nación, ante todo el que no quiera cerrar los ojos: tales son, tan tangibles como dolorosas, los hechos que todos lamentamos. Pues bien: ante tal cuadro y tales hechos, se presenta hoy ante nosotros, enhiesta y gallarda, sin mancha ni arruga y desplegada a todo viento, la hermosísima bandera del Partido Católico Nacional, que lleva en sí esculpidas, con letras de oro, sus esgrados lemas, Dios, Patria, Fueros. Y viene ¿cómo se? en estos difíciles momentos

los, a tomar su puesto de honor en las presentes contiendas.

Si; el Partido Católico Nacional, apodado por sarcasmo con el mote de Integrista, acepta gustosísimo el apodo; porque él expresa con claridad meridiana la integridad e incolumidad de su doctrina, la realza de sus normas y procedimientos, y la legitimidad y santidad de sus fines. Y la bandera que tan santos nombres proclama, viene tremolada por y el arrojo de su Juventud, y las fuerzas y reflexión consciente de su Junta de edad.

No son momentos estos para ocuparnos de nosotros: somos bastante conocidos, y llevamos bien a ta la frente, para que se nos conozca y vea. De otro lado nuestras obras, como decía Cristo, dan testimonio de nosotros: están hechas a la taz del mundo; y ni tememos sus reproches, ni nos harán mella sus diatribas y calumnias.

No es hoy ocasión tampoco de detenernos en hablar de nuestras normas y procedimientos para la lucha: ya están unas y otras publicadas en nuestros periódicos y tienen recibidas la sanción de nuestros Jefes. Y de otro lado, respondemos, cual siempre, de todo ello, ante Dios y ante nuestra conciencia.

Sabemos de antemano, que nuestra actuación ha de parecer mal, muy mal, a nuestros adversarios, y per ese mismo previo conocimiento, vamos más seguros y confiados en la bondad y conveniencia de nuestra obra. Y a ella vamos e iremos siempre, con ánimo resuelto y decidido; y con el intento y propósito de hacer el mayor destrozo que podamos en las huestes contrarias.

¿Que quienes y cuáles son éstas? También apremia demasiado el tiempo y la ocasión para puntualizarlas de modo inequí-

voco. Pero si a tanto no nos es da'lo llegar hoy, si nos conviene puntualizar, que nuestros enemigos, del momento presente, son los mismos a quienes el Poder moderador y el pueblo pusieron su definitivo veto, determinando con ello su disgregación y desaparición; ya antes y por ellos mismos anunciada y comenzada, en fuerza de su misma putrefacción.

Son los antes llamados partidos del turno; el liberal-conservador, y el liberal-demócrata; causantes ambos de nuestro malestar y desconcierto social, y de nuestra decadencia y ruina. Hechos confesados y atestiguados por ellos mismos, y que no necesitan más prueba, por aquello de que ésta es innecesaria y se releva, cuando hay confesión de partes.

Son sí, esos señores de hocos y cuchillo, que por medio y con ayuda de sus caciques y mufidores, han desangrado a la nación para engordarse a sí propios, y proteger de modo descarado y con sin igual desvergüenza, a cuantos les son afines o necesarios, o se han prestado o prestan a abdicar de la dignidad personal para servir de pedestal a su enflaquecida grandeza.

Si; esos son nuestros enemigos de ayer, de hoy y de siempre: los que a pesar y en medio de su aparente probidad social, han servido de capa y motivo a las mayores injusticias, y los que por ello y los miles de errores de su liberal y naturalista sistema serían y serán, si Dios no lo remedia, las primeras y más preciadas víctimas de esas fieras e inhumanas, equívocas y estruendosas mercedes agenas.